

pos hambrientos de pan. El patriarca se mesaba las barbas, tan blancas que a no ondular, las tomara cualquiera por mármol, y lo mismo que si sacara de ellas santidad, calmaba a los sitibundos, a fin de marchar después rumbo a los graneros, en busca de alimento para los famélicos. Ocurriósele a un curioso preguntarle en cierta ocasión que dónde había descubierto el secreto de tanta bondad. Y respondió que, a pesar de que todos imaginaban su palacio asequible hasta en los más ocultos sitios, tenía una estancia sólo a él reservada, para recibir la visita de una teoría de fantasmas que llegaban con el objeto de guiarlo. Aquel rincón impenetrable era la habitación del ocio. Y escuchándolo allí, el viejo rey recibía buen cúmulo de ilusiones que renovaba todas las mañanas, con el propósito de que no se cansaran en la pesada tarea de devastar los prejuicios que interceptan el camino del ideal.

Ideal! Razón del vivir! Punto final de nuestra misión!

Ya Renán había cristalizado la fuerza del ideal en la historia de aquel budha fosco y magro que tenía la melena blanca y brillante parecida a un deshielo: En una tarde clara y alegre como una sonrisa, devoraba un alcón a una paloma que semejava un jirón de nube, símbolo de ilusiones. El budha no pudo soportar tan sangriento espectáculo. Y ofreció al ave rapaz, en carne de su cuerpo, el equivalente alimenticio, por rescatar la vida de la víctima. Pusiéronse a pesar en una balanza. Pero inútilmente. El platillo contrario siguió abajo aún después de haber sido destrozado el hombre entero, que no se paga con materia la ilusión!

Sustentar ilusiones y adelantar hacia un ideal, es indistinto. Lograr ese ideal es ponerse en la linde de la libertad, único bien que no pueden arrebatarnos los hombres. Por eso Sócrates, cuando apuraba el cáliz que creyeron de cicuta, bebía el divino licor de la libertad. Las cadenas de Epicteto tienen en nuestra época resonancias de himno libertario. Cristo

desciende continuamente de la cruz para redimirnos; el mísero de Asís, jamás fué preso; el Tasso salió de su ergástula y se amparó en la Jerusalem Liberada; y mi amigo Mario Sancho ha escrito que «Cervantes, en la cárcel, se entretenía haciendo cosquillas a los siglos que aun están desternillados de risa»; Verlaine empuja con la pata enferma las puertas del hospital y adentro estalla la alegría de las burlas.

Pierrot es, en la leyenda, la imaginaria manifestación del hombre libre. Nada lo detuvo. Vivió dentro de él mismo. Loco? Eso creen algunos. Yo me conformo con saber que sufría mucho, y con todo, rebosábale en el alma la alegría espumante de carcajadas, donde los vecinos metían para henchirlo, como un vaso en una fuente, el corazón.

A lo largo de la vía, rueda bamboleándose al tropezar en los baches, el carro que lo lleva junto a sus compañeros, por los pueblos rudimentarios que se entristecen a la caída de la tarde, y rezan con la voz de las campanas.

La aurora vuelca su caudal de oro como un legado que hiciera al universo ahora, que sangra moribunda en las sierras.

Pierrot duerme en el fondo del carro, el enharinado rostro desteñido por el roce, en el regazo de Colombina, que también sonríe al sueño, manteniendo sobre un hombro, una mano abandonada. Súbitamente, descuida Arlequín de los mansos animales que tiran del carro, y penetra dando con el pie un golpe hueco, cloeco, que llama al tragín a los reposantes. Empieza para ellos la jornada: el primer saludo es el primer insulto. Colombina se encoje *pacata*: teme los celos. En tanto Pierrot, siempre generoso, perdona, sonríe, piadoso y grande, sosteniendo la mirada de odio con que lo flagela el rival.

Ambos persiguen a la loca amiga. Eso sí, por desigual rumbo. Arlequín desea el alma porque tiene el cuerpo. Pierrot anhela el cuerpo porque es due-